

HUYENDO DE LA REALIDAD

¡Cariño, no olvides pedir el aumento de sueldo!

Mi mujer me ha organizado la vida durante veinticinco años. La conocí por casualidad, sin buscarla. “Eres tan bueno que te cazarán el día menos pensado”, me decía madre, con ese miedo, tan propio de las madres, a perder todo el trabajo realizado con la única misión de llegar a la adecuada boda de su primogénito con peineta, mantilla y mucho orgullo.

Con los veinticinco años de entonces las bodas me sonaban a callejones sin salida; pasadizos oscuros dirigidos todos al mismo fracaso. Huía de ese prefijado destino, imitando a aquellos héroes que iban de chica en chica, disfrutando de las carreras por esas medias interminables.

Yo quería ser actor, Harrison Ford besando con ambigua personalidad a Sean Young en Blade Runner, Sean Connery solo ante el peligro en Atmósfera Cero, o el desesperado Tom Cruise de Minority Report...

Todos los domingos las chicas se rendían ante esas frases hechas que aprendía cada semana en el cine del barrio. Yo cubría mi necesidad; ellas tenían fantasías con sus casas, sus hijos y su posición social. Todo se rompía al querer cobrar el anticipo terrenal sobre aquellas ilusiones. Mis barreras eran la iglesia, la suegra y la falta de un amanecer soñado, de esos tan frecuentes en las películas que devoraba sin descanso. Sobre todo las de ciencia ficción.

La ciencia siempre ha sido mi verdadera pasión. El espacio reservado donde me muestro tal como soy, sin disfraces de cordialidad, ni huecos

entramados. Las eternas horas en mi laboratorio casero son mi propio oxígeno en estado puro, mi gimnasio particular, mi válvula de escape...

Cuando era más joven tenía la intención de emular a Thomas Alba Edison, y otros tantos, y dejar para la posteridad toda una colección de descubrimientos científicos. Durante años imaginé en silencio las palabras que usaría en el futuro al aceptar el merecido reconocimiento a mi labor investigadora de toda una vida.

¡Cariño, no olvides pedir el aumento de sueldo!

No sé como aterricé en esta realidad que no reconozco. Ignoro cuando entró ella en mi vida a galope, desoyendo las voces de mis deseos. Cuatro palabras, tres roces, dos descuidos y un hijo que vino al mundo tras una boda súbita, presurosa y portadora de grandes desgracias.

He llevado la sonrisa de madre grabada en la frente desde aquel día. “Ya te lo advertí”, me decía sin articular palabra. Cada día oía sus reproches, incluso después de su muerte. Su imagen sólo pretendía recordarme que todos merecemos el destino que nos trabajamos con nuestros actos.

Con los años fueron desfilando los hijos. Hasta cinco. Todos vinieron sin avisar y sin ningún pan bajo el brazo. Yo me ví obligado a amasarlo en jornadas maratónicas. Por necesidad, acabé vendiendo bebidas alcohólicas por la puerta de atrás de aquellos locales en los que siempre había soñado entrar a celebrar el premio científico de turno.

La ciencia, mi verdadero destino, había quedado reducida a una fiel amante nocturna. Horas de sueño robadas a una realidad desconocida y no aceptada

por mí. Durante años me obsesioné en encontrar una máquina del tiempo que me permitiera vivir aquellas otras vidas que ahora no me atrevía ni a imaginar. He vivido obsesionado con la no existencia de ninguna prueba matemática que excluya la posibilidad de viajar en el tiempo para cambiar el pasado.

El esquema siempre ha vivido conmigo. Siempre he sabido que para poder construir una máquina del tiempo eran necesarios dos agujeros negros unidos entre sí a través de un agujero de gusano que actuaría como una puerta al pasado. Sólo era cuestión de dinero. Primero debía crear un agujero de gusano en un acelerador de partículas, hincharlo a continuación, y por último, hacer girar una boca del agujero de gusano en un acelerador de partículas a la velocidad de la luz hasta establecer una diferencia de dilatación del tiempo entre sus dos aberturas, de forma que al juntarlas tendría mi propia máquina para viajar al pasado. Años y años de ahorros clandestinos para construir mi sueño en un garaje. No podía fallar, y de hecho, no falló.

Hasta ayer, esa era mi vida.

Hoy, no ha comenzado distinto. Un sueño intermitente, el despertar rutinario, nuestra discusión en el desayuno y su eterna bronca por descuidar yo mi vestuario. Mi mujer no soporta verme vestido con ropa distinta a la dejada por ella cada noche en la silla del dormitorio. Nunca ha entendido mis horas de encierro nocturno en mi angosto y desordenado laboratorio. No sabe lo que hago allí, ni quiere saberlo. Mientras ella grita yo observo. Nuestros hijos han aprendido a aislarse. Como un ejército de autistas viven en un mundo ajeno al nuestro. Los siete compartimos la casa, pero no la vida.

Ellos sobrepasan la edad para combatir la existencia en su propio terreno, aunque supongo que les resulta más cómodo aguantar el infierno en casa. Pablo, Álvaro, Luisa, Juan y Marta, todos hijos de mis deseos, todos, causa de mi sinrazón.

¡Cariño, no olvides pedir el aumento de sueldo!

Este fue el mensaje susurrado por ella al salir de casa esta mañana. Por la sonrisa de mis hijos supe cómo derrocharía cada uno ese dinero. Ninguno trabaja. Su destino consiste en agobiarme la existencia bajo la batuta de su madre. Todo son deseos, caprichos y reproches. Sólo la revisión anual con mi jefe les devuelve la sonrisa oxidada, su simpatía interesada es odiosa. Tengo una inquietante sensación: curten mi piel para cubrir sus sillones.

Los problemas en casa empezaron años atrás. Por desgracia, hace tiempo que nuestras conversaciones se reducen a pequeños gruñidos y algunos reproches. María nunca ha admitido mi obsesiva atención a una actividad científica de la que ella nunca ha obtenido ningún provecho económico. Yo, no aguanto verla llena de cremas cuyo único éxito es resaltar la huida de sus encantos. Mientras, mis hijos invernan con sus sentimientos a la espera de alguien que les permita seguir viviendo del cuento toda su vida. Desde luego, ninguno actúa como si su padre tuviera una máquina del tiempo en el garaje. ¡Ni siquiera hoy!

Como todos los años, hoy he acudido a la cita con el jefe. Recogerlo en el aeropuerto es un ritual. Yo voy rumiando los problemas que nublan mi existencia. Él viene pensando en la discusión matinal con su superior. Yo no

sé cómo plantearle la necesidad de ganar más. Él no sabe como acelerar la revisión de mi trabajo. Yo quiero hablarle. Él no quiere escucharme. Yo no puedo volver a casa sin ese aumento. Él no puede irse sin darme un ultimátum sobre los resultados de la zona.

Dos horas de conversación. Dos horas de diálogo en idiomas diferentes. Nos oímos sin escucharnos. Los dos ignoramos aquello que no queríamos decir. Fue al separarnos, por arte de magia, cuando comenzamos a recordar lo silenciado. Compartimos el mismo problema de fondo. Nos divierte pintar paisajes imaginarios, pero inventamos miedos y preferimos negarlo...

Esta noche, volvía a casa con las manos vacías y dispuesto a escuchar, una vez más, el discurso repetido por mi mujer, con soltura, cada doce meses. Los hijos optarían por no dirigirme la palabra, refugiarse en su mundo es su respuesta a los escollos habituales de la vida.

Con la tranquilidad habitual, agua en las venas según mi mujer, me dirigía a casa por la circunvalación de la ciudad. Eran las once y media. Noche cerrada, mi mente duplicaba la velocidad del coche. No sentía nada más allá de mi continua obsesión por escapar de la realidad que me oprimía.

¡Cariño, no olvides pedir el aumento de sueldo!

Entonces, una lucecita chivata traicionó mi destino. Desde esta mañana sentía la irrefrenable necesidad de probar la máquina del tiempo finalizada ayer. Decidí dirigirme con sigilo a mi laboratorio casero.

Impulsado por el ansia de huir de mi curso vital y frenado por el miedo a conseguir lo que siempre había querido, entré en la cápsula viajera y puse

rumbo a la realidad más inmediata. Sentía el impulso de sentir que la vida era más que los problemas de mí alrededor.

Marzo de 2003: la conquista de Bagdad por las tropas americanas. Ese era el momento elegido para mi resurrección, para vivir la emoción en mis pupilas y ser el reportero de mis propias experiencias. El momento escogido para introducir aire fresco en la sinrazón de mi existencia.

Sin dudarlo elegí la fecha y accioné el botón. El reloj de mi laboratorio comenzó a retrasarse con una velocidad pasmosa, mientras que el de mi máquina retrocedía con suaves desplazamientos...

De repente, en ese paseo de apenas unos minutos, experimenté la sensación de recorrer el último tramo de mi vida.

El choque fue tan violento que salí despedido en dirección a la puerta abierta por el impacto. Al incorporarme escuché un disparo. Apenas acerté a entender lo que una voz decía a mis espaldas. Mi sangre no dejaba de escapar con el ansia de buscar su propio curso. En un segundo me encontré, de golpe, tratando de salvar la vida.

Oí un segundo disparo. Nada más. Todo se acabó tras ese sonido, aunque todavía pude escuchar un último susurro:

¡Cariño!, no olvides pedir el aumento de sueldo!...